

Editora de dos de las más influyentes revistas en Argentina en los últimos 30 años, **LILIANA HEKER**, cuentista, ensayista y novelista, se las ha arreglado para sobrevivir y publicar en su propia tierra, cuando la mayoría de sus líderes culturales se han visto forzados a exiliarse. Entre sus libros se destaca **Los que Vieron la Zarza**. "Para ser escuchado tienes que gritar desde adentro".

LILIANA HEKER is the editor of two of the most influential magazines in Argentina in the past 30 years. This storyteller, essayist and novelist has managed to survive and publish in her native land when most of its cultural leaders have been forced into exile. Her books include: **Those Who Beheld the Burning Bush** and **The Borders of What Is Real** (1991). "To be heard, you must shout from within."



CUANDO TODO BRILLE

Todo empezó con el viento. Cuando Margarita le dijo a su marido aquello del viento. Él ni atinó a cerrar la puerta de su casa. Se quedó como congelado en la actitud de empujar, el brazo extendido hacia el picaporte, los ojos clavados en los ojos de su mujer. Pareció que iba a perpetuarse en esta situación pero al fin aulló. Fue sorprendente. Durante varios segundos los dos permanecieron estáticos, estudiándose, como si trataran de confirmar en la presencia del otro lo que acababa de suceder. Hasta que Margarita rompió el sortilegio. Con familiaridad, casi con ternura, como si en cierto modo nada hubiera pasado, apoyó una mano en el brazo de su marido para mantener el equilibrio mientras con la otra mano daba un suave empujón a la puerta y, con el pie derecho y un patín de fieltro, eliminaba del piso el polvo que había entrado.

- ¿Cómo te fue hoy, querido? - preguntó.

Y lo preguntó menos por curiosidad (dadas las circunstancias no esperaba una respuesta, y tampoco la obtuvo) que por establecer un rito. Necesitaba comunicarse cifradamente con él, transmitirle un mensaje mediante su pregunta habitual de todos los atardeceres. *Todo está en orden sin embargo. Nada ha pasado. Nada nuevo puede pasar.*

Acabó de limpiar la entrada y soltó el brazo de su marido. Él se alejó muy rápido camino del dormitorio y le dejó la impresión que deja en los dedos una mariposa a la que se ha tenido sujeta por las alas y a la que de pronto se libera. No había usado los patines para desplazarse; así pudo verificar Margarita que su marido estaba furioso. Sin duda exageraba: ella no le había pedido que se arrojara desnudo desde lo alto del obelisco al fin y al cabo. Pero no le dijo nada. Con sus propios patines fue limpiando las marcas de zapatos que él había dejado. Sin embargo al dormitorio no entró: sabía que mejor es no echarle leña al fuego.

WHEN EVERYTHING SHINES

It all began with the wind. When Margarita told her husband that thing about the wind. He didn't even get the front door closed. He was there, pushing, his arm extended toward the knob, his eyes fixed on those of his wife. It looked as if he'd stay that way forever, but finally he let out a howl. It was surprising. For a few seconds both of them were motionless, studying each other as if each were trying to confirm in the presence of the other what had just happened. Until Margarita broke the spell. Adroitly, almost tenderly, as if, in a way, nothing had happened, she rested one hand on her husband's arm to keep her balance, and with the other, lightly shoved the door shut. With her right foot and little felt pad, she took care of the dust that had come in.

"How was your day, honey?" she asked.

She asked less out of curiosity (given the circumstances, she didn't expect an answer and didn't get one) than out of a need to reestablish the ritual. She needed to communicate with him in code, to transmit a message within the question that had been asked a thousand evenings before. *Everything is fine. Nothing has happened. Nothing is going to happen.*

She finished cleaning the entrance way and let go of her husband's arm. He moved away quickly towards the bedroom leaving her with the same feeling that a butterfly leaves on the fingers of one who has held it by the wings and then suddenly lets it go. He hadn't used his felt pads when he walked off - that's how Margarita knew he was furious. She was probably exaggerating; it wasn't like she'd asked him to fling himself from the top of the *Obelisco* after all. But she didn't say anything. She cleaned up the shoe marks he'd left behind with her own felt pads. But she didn't go into the bedroom. She knew it was better not to add fuel to the fire. At the doorway she detoured towards the kitchen. She'd find the right moment to talk to him about the wind later.

Justo en la puerta desvió su trayectoria hacia la cocina; más tarde encontraría el momento oportuno para hablarle del viento.

Ya había terminado de preparar la cena (al principio, sólo por complacerlo y a pesar de que era miércoles había pensado en unos bifés con papas fritas, pero enseguida desistió: la grasa vaporizada impregna las alacenas, impregna las paredes, impregna hasta las ganas de vivir; si una la deja desde el miércoles hasta el lunes, que es el día de la limpieza profunda, la grasitud tiene tiempo de penetrar hasta el fondo de los poros de las cosas y se queda para siempre; de modo que al fin Margarita sacó una tarta de la heladera y la puso en el horno) y estaba tendiendo la mesa cuando oyó que su marido entraba al baño. Un minuto después, como un buen agüero, el alegre zumbido de la ducha resonaba en la casa.

Era el momento de ir al dormitorio. Apenas entró, Margarita pudo comprobar que él había dejado todo en desorden. Cepilló el saco, cepilló el pantalón, los colgó, hizo un montoncito con la camisa y las medias, y fue a golpear la puerta del baño.

- Voy a entrar, querido - dijo con dulzura.

El no contestó, pero canturreaba. Margarita se llevó la camiseta y los calzoncillos y los agregó al montoncito. Lavó todo con entusiasmo. Cuando cerró la canilla lo oyó a él, en el living, tarareando el vals *Sobre las olas*. La tormenta había pasado.

Sin embargo recién a la mañana siguiente, mientras tomaban desayuno, medio riéndose como para restarle importancia a la escena del día anterior, Margarita mencionó lo del viento. Una bobada, ella estaba dispuesta a admitirlo, pero costaba tan poco, ¿sí?

El no tenía que pensar que eso le iba a complicar la vida de algún modo. Simplemente, ella le pedía que cuando el viento soplaba del norte él entrara por la puerta del fondo que daba al sur; y cuando soplaba del sur, entrara por la puerta del frente, que daba al norte. Un caprichito, si a él le gustaba llamarlo así, pero la ayudaría tanto, él ni se imaginaba. Ella había notado que, por más que barrera y lustrara, el piso de la entrada siempre se llenaba de tierra cuando había viento norte. Por supuesto, él podía entrar por donde se le antojase cuando el viento soplara del este o del oeste. Y ni que hablar de cuando no había viento.

- Vio mi salvaje, vio mi protestón que no era para tanto escándalo - dijo. Rió traviesamente.

Él se puso de pie como quien va a pronunciar un discurso, gargajeó con sonoridad, casi con delectación. Después inclinó levemente el torso, escupió en el suelo, recuperó su posición erguida y, con pasos medidos, salió de la cocina.



She had finished preparing dinner (at first, just to soothe him, she'd thought she'd make a couple of steaks with french fries, even though it was Wednesday, but she changed her mind a moment later; vaporized grease saturates the cupboards, saturates the walls, even saturates the will to live, and if you leave it from a Wednesday until a Monday, which was the day she did a good cleaning, the greasiness had time to penetrate right to the bottom of things and you could never get rid of it, so in the end, Margarita took a quiche out of the fridge and put it in the oven) and was setting the table when she heard her husband go into the bathroom. A minute later, like a good omen, the happy buzz of the shower resonated throughout the house.

It was time to go to the bedroom. Even before going in, Margarita could tell he'd left everything in a mess. She brushed off his jacket, brushed off his

pants, hung them up, piled up his shirt and socks and went to knock on the door of the bathroom.

"I'm coming in, honey," she said sweetly. He was humming, but he didn't answer. Margarita picked up his undershirt and shorts and added them to the pile. She washed everything with enthusiasm. When she turned off the tap, she heard him in the living room, crooning the waltz, *Over the Waves*. The storm had passed.

However, not until the next morning, while they were eating breakfast, half laughing to downplay the importance of the scene the day before, did Margarita mention the thing about the wind. It was nonsense, she was ready to admit, but it took so little effort, didn't it?

He didn't have to worry that it was going to complicate his life in any way. She was simply asking that when the wind blew from the north he enter through the back door which faced south and when it blew from the south he enter through the front door which faced north. A little whim, if he wanted to call it that, but it would help her so much, he had no idea. She had noticed that for all her sweeping and polishing, the floor of the entrance way was always full of dirt when there was a north wind. Of course, he could come in whichever way he wanted when the wind blew from the east or west. Not to mention if there was no wind at all.

"You see my wild thing, my big complainer, that it was nothing to make such a fuss about." She laughed mischievously.

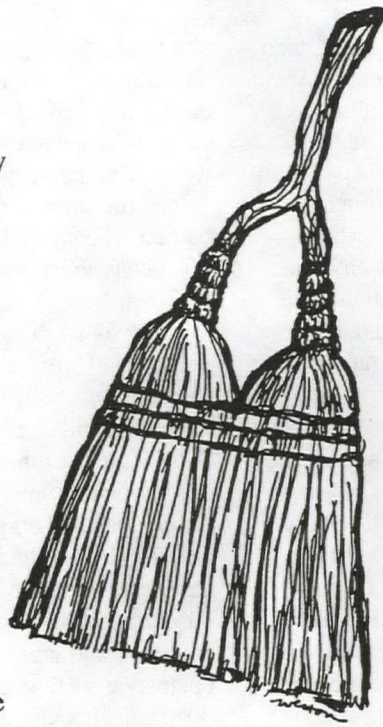
He got to his feet like someone about to make a speech and cleared his throat loudly, almost with pleasure. Then he bent over and spat on the floor, straightened up again and walked deliberately out of the kitchen.

Margarita sat there looking at the little circle reflecting the morning sun, as if she were looking at a little

Margarita se quedó mirando el redondel, refulgente a la luz del sol matinal, como se debe mirar a un diminuto ser de otro planeta sentado muy orondo sobre el piso de nuestra cocina. Una puerta se cerró y se abrió, unas paredes retumbaron, pasos cruzaron la casa, otra puerta se cerró con estrépito. El cerebro de Margarita apenas detectó estos acontecimientos.

Toda su persona parecía converger hacia el pequeño foco del suelo. *Foco infeccioso*. La expresión aleteó livianamente en su cabeza, se expandió como una onda, la inundó. En los colectivos, cuando la gente tose desparrama invisibles gotitas de saliva, cada gotita es portadora de millares de gérmenes, cuántos gérmenes hay en... Millares de millones de gérmenes se agitaron, se refocilaron y brincaron sobre el mosaico rojo. Mecánicamente tomó lo primero que tuvo a mano: una servilleta. De rodillas en el piso se puso a frotar con energía el mosaico. Fue inútil: por más que frotaba la zona pegajosa resaltaba como un estigma. *Gérmenes achatados arrastrándose como amebas*. Margarita dejó la servilleta sobre la mesa y fue a embeber una esponjita en detergente. Friccionó el mosaico con la esponjita y echó un balde de agua. Iba a secar el piso cuando se quedó paralizada. ¿Había estado loca ella? ¿No había usado una servilleta para? Dios mío, con lo fácil que es llevarse una servilleta a los labios. La tomó por una punta y la contempló con pavor. ¿Qué haría ahora? Lavarla le pareció poco prudente de modo que llenó una cacerola con agua, la puso al fuego, y echó la servilleta adentro.

Estaba friccionando la mesa con desinfectante (la servilleta había estado largo tiempo en contacto con la mesa) cuando sonó el teléfono. Fue a atender y apenas traspuso la puerta del dormitorio captó algo inusual, algo que se le manifestó bajo la forma de una opresión en el pecho y cuya realidad no pudo constatar hasta que colgó el teléfono y abrió la puerta del placard. Entonces sí lo supo con certeza, la ropa de él no estaba, muy bien, se había ido, maravillosamente bien, ¿iba a llorar por eso? No iba a llorar. ¿Iba a arrancarse los pelos y tirarse de cabeza contra las paredes? No iba a arrancarse los pelos y mucho menos iba a tirarse de cabeza contra las paredes. ¿Acaso un hombre es algo cuya pérdida hay que lamentar? Tan desprolijos como son, tan sucios, cortan el pan sobre la mesa, dejan las marcas de sus zapatos embarrados, abren las puertas contra el viento, escupen en el suelo y una nunca puede tener su casa limpia, el cuerpo, una nunca puede tener su cuerpo limpio, de noche son como bestias babosas, oh su aliento y su sudor, oh su semen, la asquerosa humedad del amor, por qué, Dios mío, tú que todo lo podías, por qué hiciste tan sucio el amor, el cuerpo de tus hijos tan lleno de inmundicia, el mundo que creaste tan colmado de basura. Pero nunca más. En su casa



creature from outer space sitting smugly on our kitchen floor. A door was closed and opened, the walls echoed, footsteps sounded, another door was slammed. Margarita's brain hardly detected these events.

Her whole being seemed to be focused on the little spot on the floor. *Infectious spot*. The expression floated through her head, grew bigger like a wave and flooded her mind. On the bus, when people cough they spray invisible drops of saliva, each drop carries millions of germs, how many germs are there in... Millions and millions of germs were wriggling and jumping on the red tile... Mechanically, Margarita took the closest thing at hand: a napkin. She got to her knees and began to energetically rub the tile. It was useless: no matter how much she rubbed, the sticky area stuck out like a sore thumb. *Squished, squished germs*

dragging themselves like amoebas. Margarita left the napkin on the table and went to soak a sponge in detergent. She scrubbed the tile floor with the sponge and then poured a bucket of water on it. She was about to dry the floor when she froze. Was she crazy? She had used a napkin! My God, it was so easy to put a napkin to your lips! She picked it up by one corner and looked at it with terror. What should she do? It didn't seem safe to wash it so she filled a pot with water, turned on the stove and dropped the napkin into the water.

She was rubbing the table with disinfectant (the napkin had been on the table for a good while) when the phone rang. She went to answer it and she had barely gone through the bedroom door when she felt something unusual. Something that she felt with a heaviness in her chest but that she couldn't confirm until she'd hung up the phone and opened the closet. Then she knew for sure; his clothes weren't there, fine, he had left, great! Was she going to cry for that? She was not going to cry. Was she going to tear out her hair and bang her head against the walls? She was not going to tear out her hair, much less bang her head against the walls. Is a man really something whose loss we need to lament? They're so sloppy, so dirty, they cut the bread right on the table, leave their muddy shoemarks, open the doors against the wind, spit on the floor and you can never keep your house clean, your body, you can never keep your body clean, at night they are like drooling beasts, oh their breath, their sweat, their semen, the disgusting wetness of love, why, my God almighty, why did you make love so dirty, the bodies of your children so full of filth, the world you created so full of garbage? But never again. In her house, never again. Margarita ripped the sheets off the bed, took the curtains off their rods, picked up the rugs, removed the pillows, piled up the doilies. Margarita scrubbed and beat and brushed until her knuckles were red and her arms ached.

nunca más. Margarita arrancó las sábanas de la cama, sacó las cortinas de sus rieles, levantó las alfombras, removió almohadones, apiló carpetas. Margarita fregó y sacudió y cepilló hasta que se le enrojecieron los nudillos y se le acalambraron los brazos. Lavó paredes, enceró pisos, bruñó metales, arrancó resplandores solares de las cacerolas, otorgó un centelleo diamantino a los caireles, bañó como a hijos adorados a bucólicas pastoras de porcelana, pulió maderas, perfumó armarios, blanqueó opalinas, abrigó alabastros. Y a las siete de la tarde, como un pintor que le pone la firma al cuadro con que había soñado toda su vida, empuñó el escobillón y lo sacudió en el tacho de basura.

Después respiró profundamente el aire embalsamado de cera. Echó una lenta mirada de satisfacción a su alrededor. Captó fulgores, paladeó blancuras, degustó transparencias, advirtió que un poco de polvo había caído fuera del tacho al sacudir el escobillón. Lo barrió: lo recogió con la pala, vació la pala en el tacho. De nuevo sacudió el escobillón, pero esta vez con extrema delicadeza, para que ni una mota de polvo cayera afuera del tacho. Lo guardó en el armario e iba a guardar también la pala cuando un pensamiento la acosó: la gente suele ser ingrata con las palas; las usa para recoger cualquier basura pero nunca se le ocurre que un poco de basura ha de quedar por fuerza adherida a su superficie. Decidió lavar la pala. Le puso detergente y le pasó el cepillo, un líquido oscuro se desparramó sobre la pileta. Margarita hizo correr el agua pero quedaba como una especie de encaje negro en el fondo. Lo limpió con un trapo enjabonado, enjuagó la pileta y lavó el trapo. Entonces se acordó del cepillo. Lo lavó y se volvió a ensuciar la pileta. Fregó la pileta con el trapo y se dio cuenta de que si ahora lavaba el trapo en la pileta esto iba a ser un cuento de nunca acabar. Lo más razonable era quemar el trapo. Primero lo secó con el secador del pelo y después lo sacó a la calle y le prendió fuego. Justo cuando entraba a la casa vino un golpe de viento norte y Margarita no pudo evitar que algo de ceniza entrara en el living.

Era mejor no usar el escobillón, ahora que ya estaba limpio. Utilizó un trapito con un poco de cera (con los trapitos siempre queda la posibilidad de prenderles fuego). Pero fue un error. El color quedaba disparejo. Lustró, extendió la cera a una zona más amplia: todo fue inútil.

Aproximadamente a las cinco de la mañana los pisos de toda la casa estaban rasqueteados pero un polvo rojo flotaba en el aire, cubría los muebles, se había adherido a los zócalos. Margarita abrió las ventanas, barrió (ya encontraría el momento de limpiar el escobillón y en el peor de los casos podía tirarlo), estaba terminando de lavar los zócalos cuando advirtió que un poco de agua se había derramado. Miró con desaliento las manchas de humedad en el suelo, le faltaban fuerzas, por el color del cielo debían ser casi las siete de la mañana. Decidió dejar eso para más tarde, con buena suerte no iba a tener que rasquetear todos los pisos otra vez. Se tiró en la cama vestida (no olvidarse, después, de cambiar nuevamente las sábanas) y se durmió de inmediato pero las manchas húmedas se expandieron, se ablandaron, extendían sus seudópodos. La atraparon. Eran una ciénaga donde

She washed walls, waxed floors, polished metals, brought out an incredible shine in her pots, made the baubles of the chandeliers sparkle like diamonds. She bathed her porcelain shepherdesses like adored children and she polished the wood, scented the wardrobes, whitened the lampshades and shined the alabaster. And at seven in the evening, like a painter who signs the work she has been dreaming of all her life, she grabbed the broom and shook it out in the waste basket.

Then she took a deep breath, the air permeated by the smell of wax. She took a long satisfied look at her surroundings. She took in the brilliance, she relished the whiteness and clarity and noticed that a little dust had fallen outside the bin when she shook out the broom. She swept it up, gathered it again in the dustpan and emptied the dustpan in the bin. Again she shook the broom, but very delicately this time, so that not one speck of dust would fall outside. She stored it in the cupboard and was just about to put away the dustpan as well when a thought hit her: people are usually thankless with their dustpan; they use them to scoop up any kind of garbage, but it never occurs to them that some of this garbage sticks to the surface. She decided to wash the dustpan. She put in detergent and as she scrubbed the pan with a brush, a dark liquid spread in the sink.

Margarita turned on the water but it stayed like a type of black inlay at the bottom. She washed it with a soapy rag, rinsed the sink and washed the rag. Then she remembered the brush. She washed it and the sink was dirty again. She scrubbed the sink with the rag and realized that if she now washed the rag in the sink, it would be a never ending story. The reasonable thing to do was to burn the rag. First she dried it with the hair dryer and then she took it out to the street and set it on fire. Just as she was going back into the house, a gust of wind came from the north and Margarita couldn't stop some of the ashes from getting in the living room.

It was best not to use the broom, since it was clean already. She used another rag with a little wax (you can always burn rags). But it was a mistake. The colour was uneven. She rubbed and spread the wax out; it was all useless.

At approximately five in the morning, the floors of the whole house had been thoroughly scrubbed, but a red dust floated in the air, it covered the furniture, it stuck to the baseboards. Margarita opened the windows, swept (she'd find the time to clean the broom and in the worst case scenario, she could throw it away), she was just about done washing the baseboards when she noticed that she'd spilled a little water. Dismayed, she looked at the spots of moisture on the floor. She was getting tired. From the colour of the sky, she judged that it must be almost seven in the morning. She decided to leave it until later, with luck, she wouldn't have to scrub all the floors again. She fell into bed still



Margarita se hundía, se hundía. Se despertó sobresaltada. No había dormido ni media hora. Se levantó y fue a ver las manchas: ya estaban bastante secas pero no habían desaparecido. Rasqueteó la zona pero nunca quedaba del mismo color. Un ligero desvanecimiento la hizo caer; abrió soñadoramente los ojos, vislumbró las vetas blancuzcas y dio un suspiro; calculó que no había comido nada en las últimas veinticuatro horas.

Se levantó y fue a la cocina. Una comida caliente tal vez la haría sentir mejor pero no: después hay que lavar las ollas. Abrió la heladera e iba a sacar una manzana cuando la invadió una ola de terror: no había barrido el polvo del rasqueteo y las ventanas estaban abiertas. Retiró con

brusquedad la mano de la heladera y tiró una canastita con huevos. Observó el charco amarillo que se dilataba lenta y viscosamente. Creyó que iba a llorar. De ninguna manera: cada cosa a su tiempo. Ahora, a barrer el polvo del rasqueteo; ya le llegaría su turno al piso de la cocina, no hay como el orden. Buscó el escobillón y la pala, fue hasta el living y cuando estaba por ponerse a barrer, reparó en las suelas de sus zapatos; sin duda no estaban limpias: había trazado sobre el parquet un discontinuo senderito de huevo. A Margarita casi le dio risa verse con el escobillón y la pala. *Polvo del rasqueteo*, murmuró, *polvo del*

rasqueteo. Recordó que todavía no había comido nada, dejó el escobillón y la pala y se fue para la cocina.

La manzana estaba en el centro del charco amarillo. Margarita la alzó, ávidamente le dio unos mordiscos, y de golpe descubrió que era absurdo no prepararse una comida caliente, ahora que todo estaba un poco sucio. Puso la plancha sobre el fuego, peló papas (era agradable dejar que las largas tiras en espiral se hundieran esponjosamente en las yemas y las claras ahora que las cosas habían empezado a ensuciarse y de cualquier manera habría que limpiar todo más tarde). Puso un bife sobre la plancha y aceite en la sartén. La grasa se achicharró alegremente, las papas chisporrotearon, Margarita se dio cuenta de que se había olvidado de abrir la ventana de la cocina pero de cualquier modo era demasiado tarde: la grasa vaporizada ya había penetrado en los poros de las cosas, y en sus propios poros, había impregnado su ropa y su pelo, espesaba el aire. Margarita aspiró profundamente. El olor de la carne y de lo frito entró por su nariz, la anegó, la hizo enloquecer de deleite.

La impaciencia puede volver a la gente un poco torpe. Algo de aceite se le volcó a Margarita al sacar las papas; ella disimuladamente lo desparramó con el pie, sacó el bife, se le cayó al suelo, al levantarlo la cercanía, el contacto, el maravilloso aroma de la carne asada la embriagaron: no pudo resistir darle algunas dentelladas antes de colocarlo en el plato.

Comió con ferocidad. Puso las cosas sucias en la pileta pero no las lavó: tenía mucho sueño, ya llegaría el

dressed (don't forget to change the sheets again later) and fell asleep immediately but the wet spots broadened, they ran into each other, they extended their pseudopods. They trapped her. They were a marsh Margarita was submerged in. She awoke startled. She hadn't even slept a half hour. She got up and went to look at the spots: they were already quite dry but they hadn't disappeared. She scrubbed the area but the colours never matched. She felt dizzy and fell. Sleepily, she opened her eyes and glimpsed the whitish grain and sighed. She calculated that in the last twenty four hours, she'd eaten nothing.

She got up and went to the kitchen. Maybe a hot meal would make her feel better, but no: afterwards the dishes have to be washed. She opened the refrigerator and was going to take out an apple when a wave of terror came over her: she hadn't swept the dust from the scrubbing and the windows were open. She pulled back her hand from the refrigerator and knocked over a basket of eggs. She watched the yellow puddle spreading slowly and thick. She thought she was going to cry. No way - one thing at a time. First sweep up all the dust from her scrubbing, then the kitchen floor - there's nothing like order. She found the broom and the dustpan, went into the living room and when she was just about to sweep she noticed the soles of her shoes. Of course they weren't clean: they'd left an uneven little trail of egg on the wood floor. It almost made Margarita laugh to see herself with the dustpan and broom. *Dust from scrubbing* she murmured, *dust from scrubbing*. She remembered that she still hadn't eaten anything and she left the broom and dustpan and went into the kitchen.

The apple was in the middle of the yellow puddle. Margarita grabbed it and greedily bit into it. Suddenly she realized it was absurd to not prepare a hot meal now that everything was a little dirty. She put the grill on the stove, peeled potatoes (it was fun to let the long spirals of peel sink into the whites and yolks now that things were starting to get dirty and she was going to have to wash everything later anyway). She put a steak on the grill and oil in the frying pan. The grease splattered happily, the potatoes sizzled and Margarita realized that she had forgotten to open the kitchen window, but it was too late anyway: the vaporized grease had already penetrated the pores of the things, and her own pores. It had permeated her clothes and hair and thickened the air. She breathed deeply. The smell of the meat and frying entered her nose, it overwhelmed her, it made her crazy with delight.

Impatience can make people a little clumsy. Margarita spilled a little oil while taking out the potatoes; she sneakily spread it around with her foot, she took out the meat and it fell on the floor. As she picked it up, the closeness, the contact, the wonderful smell of the grilled meat intoxicated her. She couldn't resist taking a few bites before putting it on the plate.

She ate voraciously. She put the dirty things in the sink but she didn't wash them. She was really sleepy, she would wash everything later. She turned on the tap to let the water run and went towards the bedroom. She never got there.

momento de lavar todo. Abrió la canilla para que el agua corriera y se fue para el dormitorio. No llegó. Antes de salir de la cocina el aceite de las suelas la hizo patinar y cayó al suelo. De cualquier manera se sentía muy cómoda en el suelo. Apoyó la cabeza en los mosaicos y se quedó dormida. La despertó el agua. Ligeramente aceitosa, el agua serpenteaba por la cocina, se ramificaba en sutiles hilos por las juntas de los mosaicos y, adelgazándose pero persistente, avanzaba hacia el comedor. A Margarita le dolía un poco la cabeza. Hundió su mano en el agua y se refrescó las sienes. Torció el cuello, sacó la lengua todo lo que le fue posible, y consiguió beber: ahora ya se sentía mejor. Un poco descompuesta, no más, pero le faltaban fuerzas para levantarse e ir al baño. Todo estaba ya bastante sucio de todos modos. *No debía ensuciarse el vestidito*. Ni las rodillas. Debía tener mucho cuidado de no ensuciarse las rodillas. Hasta que al caer la noche una voz gritaba: ¡a bañarse!, entonces ella corría frenéticamente al fondo de la casa, se revolcaba en la tierra, se llenaba el pelo y las uñas y las orejas de tierra, ella debía sentir que estaba sucia, que cada recoveco de su cuerpo estaba sucio para poder hundirse después en el baño purificador, el baño que arrastrará toda la mugre del cuerpo de Margarita y la dejará blanca y radiante como un pimpollo. ¿Hay pimpollos de margarita, mamá?

Sintió una innegable sensación de bienestar. Se corrió un poco del lugar donde estaba tendida y tuvo ganas de reírse. Su dedo señaló un lugar, próximo a ella, sobre el suelo. Caca, dijo. Su dedo se hundió voluptuosamente y después escribió su nombre sobre el suelo. Margarita. Pero sobre el mosaico rojo no se notaba bien. Se levantó, ahora sin esfuerzo, y escribió sobre la pared. Mierda. Firmó: Margarita. Después envolvió toda la leyenda en un gran corazón. Una corriente en la espalda la hizo estremecer. El viento. Entraba por las ventanas abiertas, arrastraba el polvo de la calle, arrastraba la basura del mundo que se adhería a las paredes y a su nombre escrito en las paredes y a su corazón, se mezclaba con el agua que corría en el comedor, entraba por su nariz y por sus orejas y por sus ojos, le ensuciaba el vestidito.

Cinco días después, un luminoso día de sol con el cielo gloriosamente azul y pájaros cantando, el marido de Margarita se detuvo ante un puesto de flores.

- Margaritas - le dijo al puestero -. Las más blancas. Muchas Margaritas.

Y con el ramo enorme caminó hasta su casa. Antes de introducir la llave hizo una travesura, un gesto pícaro y colmado de amor, digno de ser contemplado por una esposa amante que estuviera espiando detrás de los visillos: se chupo el dedo índice y, levantándolo como un estandarte, analizó la dirección del viento. Venía del norte. De modo que el hombre, dócilmente, alegremente, paladeando de antemano el inigualable sabor de la reconciliación, dio la vuelta a su casa. Silbando una canción festiva abrió la puerta. Un chapoteo blando, gorgoteante, le llegó desde la cocina.

Before she left the kitchen the grease on the soles of her shoes made her slip and fall on the floor. Somehow she felt very comfortable there. She laid her head on the tile and fell asleep. The water woke her up. Slightly greasy, it wound through the kitchen. It branched out in subtle threads in the lines between the tiles and thinner, but still persistent, advanced towards the dining room. Margarita's head hurt a bit. She sunk her hand into the water and bathed her temple. She twisted her neck, stuck out her tongue as far as possible and managed to drink. Now she felt better. A little off, that's all, but she didn't have the strength to get up and go to the bathroom. Everything was already really dirty anyway. *She mustn't dirty her little dress*. Margarita was six years old and she mustn't get her little dress dirty. Or her knees. She had to be really careful not to get her knees dirty. Until at nightfall a voice yelled: "Time for your bath," and then she ran frantically to the back of the house. She rolled around in the dirt, until her hair and her nails and ears were full of earth. She had to feel dirty, that every inch of her body was dirty to be able later to plunge herself into the purifying bath, the bath that would carry away all the muck from her body and leave Margarita white and fresh as a bud. *Do margaritas have buds, mummy?*

She felt an indescribable sensation of well-being. She moved a little from the place she was lying and she felt like laughing. Her finger pointed to a spot near her, on the floor. "Poo" she said. She sunk her finger voluptuously and then wrote her name on the floor. Margarita. But you couldn't see it very well on the red tile. She got up, without much strength now, and wrote on the wall. Shit. She signed it Margarita. Then she enclosed the whole thing in a big heart. A draft on her back made her shiver. The wind entered through the open windows, dragging in the dust from the street, the garbage of the world that stuck to the walls and to her name written on the wall and to her heart. It mixed with the water that was running through the dining room, entered her nose, her ears and her eyes. It got her little dress dirty.

Five days later, a brilliantly sunny day with a glorious blue sky and birds singing, Margarita's husband stopped at a flower stall.

"Margaritas" he said to the vendor. "The whitest. Lots and lots."

And he walked off towards his house with an enormous bouquet. Before putting his key in the lock he made a playful little gesture, full of love and just perfect to be seen by a loving wife peeking from behind the lace curtains: he licked his index finger and holding it up like a banner, checked the direction of the wind. It was coming from the north so the man, docilely, happily, savouring in advance the incomparable taste of reconciliation, went around the side of the house. A soft splashing gurgle was coming from the kitchen.

Translation by Ruth Leckie and Heidi Neufeld Raine

Obelisco: one of Buenos Aires' landmarks.

Margaritas: daysies